

## PRÓLOGO

Estaba en segundo de la carrera de Derecho cuando tuve la enorme oportunidad de irme a un campo de trabajo internacional. El sindicato falangista de aquellos años, el SEU, además del Servicio Universitario de Trabajo (SUT) en España tenía campos de trabajo en el extranjero.

Veo con emoción las fotos, con el atuendo de trabajo, cansadas, de mi amiga Mayte y yo a la puerta del hangar en el que dormíamos. ¡Fue tan formativo, divertido y extraordinario el trabajo que realizamos! Primero en un campo de fresas en la localidad de Tiptree, cerca de Londres, y después en la propia fábrica de mermeladas, que también tenía la empresa propietaria de los campos de cultivo.

Acudí aquel verano a Inglaterra a recolectar fresas y a trabajar después en la fábrica. Tuve una de las experiencias más importantes de mi vida. No, recolectar fresas y colocar los botes de vidrio en una maquina insaciable no era algo relajado y bucólico, como quizás había idealizado desde los pupitres de mi aula de Madrid.

Trabajábamos a destajo. Aprendí ciertamente lo que quiere decir esa palabra. El trabajo a destajo obliga a que todo tu cerebro, toda tu habilidad esté al servicio de una única idea: "correr, correr". No puedes pensar. Más tarde, cuando leí a la gran filósofa Simone Weil, la entendí bien, ella quiso ir a una fábrica de coches, a conocer lo que era el trabajo físico.

Teníamos que pagar nuestra manutención y alojamiento con el importe de lo que recogieramos en la cosecha. La jornada de trabajo empezaba muy pronto. Desayuno con té y un gran tazón de *porridge*. Unos camiones nos llevaban al campo con dos sándwiches para la comida. Cuando entregábamos las cestas de fruta el capataz rechazaba las que tenían hojitas verdes, que entonces no pagaba. En la fábrica había que alimentar las máquinas de fregar los tarros de cristal y no te podías distraer ni un minuto. La distracción podía provocar un atasco o la rotura de uno o más frascos y que la máquina se parase...., una catástrofe que había ante todo que evitar.

Ahora, pasados tantos años, cada vez que leo noticias sobre quienes vienen a recoger nuestra fruta, pienso en ellos y ellas, y me indigna que no tengan las condiciones de trabajo que les deberíamos garantizar. Yo conocí algo de eso en 1962, pero ¡es que ahora estamos en el año 2021! ¿Qué nos pasa, que podemos seguir despreciando y humillando a nuestros temporeros?

El que en los años 60, en plena dictadura, los estudiantes universitarios tomáramos conciencia del mundo del trabajo tal como se cuenta en este libro, fue una paradójica pero interesantísima aventura. Explicar cómo fue posible que un selecto grupo de universitarios, muchos "niños bien", trabajaran en minas, en fábricas o en los campos de España resultó tan insólito como necesario. Es lo que cuenta este libro, que agradezco a sus autores. Era un libro que hacía falta.

El libro también aborda el otro flanco de trabajo del SUT, tan apasionante o más que el del trabajo físico: el de las campañas de alfabetización. Refleja el analfabetismo que había, todavía en aquellos años, en muchos pueblos de España. Los estudiantes contribuyeron a alfabetizar a campesinos y campesinas, como se diría ahora, pero, sobre todo, aprendieron lo que era la dura realidad del campo. Trataron de ayudar a los hombres a leer un periódico o hacer algunas cuentas e intentaron introducir al alfabeto a las mujeres, cuyo desconocimiento era casi total, y con más éxito a las mozas, aunque su recelo era grande cuando el estudiante era hombre. Había que intentar salvarlas de la trayectoria de sus madres, motivándolas al aprendizaje. También daban clase a los niños, con algo más de avidez por aprender y más atraídos por la novedad del ocasional maestro.

Los estudiantes convivían con los campesinos, dormían en precarios lugares, improvisados para la ocasión, e intentaban durante esa convivencia transmitir algún conocimiento e introducir algún incentivo para el aprendizaje. Eran periodos cortos, en verano, y los estudiantes apenas tenían capacitación para la alfabetización, tarea nada banal ni que pueda hacer cualquiera. En esos periodos de intensa convivencia y aprendizaje quienes de verdad aprendieron, y mucho, fueron los universitarios. Aprendieron a conocer España y a valorar cuánto había que hacer para transformarla, para modernizarla.

Yo no estuve allí, me enteré demasiado tarde. Quien sí estuvo fue Eduardo Leira, que luego sería, y sigue siendo, mi marido. Me cuenta sus vivencias y su enganche con el mundo que había conocido, con aquel entorno con el cual acababa de confrontarse y que, con más voluntarismo que conocimiento y capacidad, una vez terminada la campaña y junto a otros "maestros universitarios" intentaron contribuir a mejorar. Las mujeres trabajaban en sus casas, bordando velos y mantillas en tul, una antigua tradición que seguía estando muy valorada. Las empresas les llevaban el tul y los diseños, les pagaban a tanto la pieza y ese

tanto era mínimo, cuando ellas aportaban lo esencial, el bordado. Intentaron entonces montar una cooperativa de mujeres bordadoras, con diseños propios y adquiriendo las piezas de tul, que entonces había que importar, para lograr mucho mayor rendimiento en su trabajo. Apenas lograron el arranque de la cooperativa, pero con su intento al menos las mujeres consiguieron que se les retribuyera mejor su especializado y valioso trabajo. Fue, por así decirlo, otro “trabajo SUT”, en el que eran los universitarios quienes más aprendían.

Tuvimos la ocasión de conocer una realidad social que desde la universidad no se veía, comprobar la dureza del trabajo manual y la insuficiente formación. Fue ahí donde aprendimos a valorar y a respetar el trabajo, y fue ahí también donde pudimos ampliar nuestra visión, más completa y poliédrica, tanto de lo que nos rodeaba como de nosotros mismos.

Por eso me llamó la atención que, siendo yo alcaldesa de Madrid y con ocasión de comentar estas experiencias y anhelar que se repitieran, propuse que los universitarios contribuyeran a la limpieza de Madrid, al menos a limpiar lo que ellos, en sus botellones, ensuciaban. Para mi sorpresa, y mostrando quizás cierto involucionismo, me criticaron ferozmente. Los universitarios se seguían considerando (¿o volvían a considerarse?) una élite que no se iba a “rebajar” a hacer trabajo físico. Otros habría que tendrían que hacerlo para ellos.

En la mayor parte de las universidades del mundo existen programas de trabajo social para las ciudades en donde se encuentran ubicadas. Según mi criterio, criticar ese compromiso colectivo entre universidad y ciudad era no entender bien ni la ciudad ni la universidad.

Afortunadamente conseguí contactar con todas las universidades de Madrid y comenzar una programación de lo que hoy día se llama “Aprendizaje Servicio”. Se puede decir que hereda algunos de los beneficios de aquel pionero SUT. En el presupuesto del Ayuntamiento de Madrid de 2019 quedó ya establecida la financiación de la oficina del Aprendizaje Servicio en las Universidades y Escuelas Técnicas de Madrid. Espero que no se haya eliminado.

Ojalá ayude este libro a conocer un poco más aspectos peculiares, pero deslumbrantes, de nuestro pasado no tan remoto. Vendrá bien para el futuro que todos, pero muy especialmente los jóvenes, construyan día a día la responsabilidad individual de cada uno de nosotros con nuestro entorno social y nuestra capacidad para mejorarlo. Os aseguro que ya solo el intento de mejora proporciona felicidad.

MANUELA CARMENA  
*Abril de 2021*